

27 de febrero

Renée Morgenstern

Despierto en el silencio, un silencio tan terrible como la soledad del alma. Si lograba concentrarme lo suficiente lograría escuchar la respiración de mi hermano en la pieza contigua. Detesto esto, cada tanto me despierto en medio de la noche, sin sueño, y paso eternos minutos intentando conciliar el descanso otra vez.

Estoy a punto de atravesar la frontera de mi inconciencia cuando un ruido, no; un rugido rompe la mudez de la madrugada.

Las entrañas de la tierra se retuercen, claman, mientras su grito es liberado. Débil en un principio y luego más y más fuerte, al punto en que me debo de sostener de las esquinas de la cama para no caer de ella. En medio del estruendo percibo los cajones chocar entre sí, los libros y fotografías en las repisas caer en la sala. No entiendo porqué, pero me hace gracia escuchar la loza fina de mi madre hacerse trizas sobre el suelo de la cocina. Y sin mediar más palabra se detiene, dejando en vilo, en una falsa tranquilidad la superficie.

- Hija ¿Estás bien?- me pregunta mi madre a gritos desde su habitación.
- Si, ve a ver a mi hermano - le respondo mientras pretendo levantarme. Para mi sorpresa demoro un poco más de lo esperado, los brazos me tiemblan como gelatina al igual que mis piernas.

Me acerco a la ventana y levanto la cortina con la intención de ver los daños que ha dejado el terremoto afuera, pero vislumbro solamente una cosa. Bello es una palabra muy pequeña para describirlo, miles de millones de luces adornan la oscuridad dejada por las farolas sin energía kilómetros a la redonda. Atónita descubro que estoy viva, y puedo ver como se alzan las estrellas en el cielo.